objetos de esa alfarería netamente popular y cotidiana, que tiene reminiscencias de López Velarde, que llora a sus muertos y carga a sus niños.

Otro rasgo lleno de malicia suavemente disimulado tras la inocencia, es la presentación de las fotos de esos inefables embajadores de nuestra burguesía, que esperan fuera de la iglesia la llegada de los novios, y que están debidamente adornados para la ocasión; el político por antonomasia, con sus veinte kilos de sobrepeso, estimulados aún más en el banquete que se le da en un restaurante “de ambiente mexicano”.

Las fotografías de Bernice Kolko parecen tan bien balanceadas como un cuadro de irreprochable composición, pero sin rebuscamientos. Aun en los casos en que, evidentemente, el modelo posó para ella, hay algún rasgo que evita distorsión de la personalidad, tan frecuente en el clásico studio, ramplón inclusive por escribirse en esa forma. Es así que tenemos en el libro a un Juan Rulfo joven y dogmático, pero delatado por la corbata desparramada; como el gesto nervioso de prender un cigarrillo pinta a Juan José Arreola de cuerpo entero, y las posturas hieráticas dan a Carlos Pellicer y José Luis Cuevas la expresión exacta que de ellos se esperaba y que difiere sensiblemente de la dolida inmovilidad de Frida Kahlo y de la soñadora —un sí es no es maligna— contemplación de Gastón García Cantú sobre la cámara.

Estos detalles son los que convierten a la fotografía en una obra de arte, y son los que hacen de Rostros de México un libro que cumple con su finalidad de dignificar el retrato y el cuadro de costumbres, para transformarlos en documentos llenos de plasticidad y esteticismo.

Dicho lo anterior, el texto de Rosario Castellanos ha quedado un poco al margen, y en verdad, la autora adoptó la discreta actitud de permitir que las imágenes hablan y se limitó a hacer precisamente anotaciones marginales, por otra parte tan irreprochables como suele ser lo que ella escribe.

Luis Adolfo Domínguez.


Marshall McLuhan, autor de este estimulante ensayo especialmente sugestivo para el antropólogo, dirige el Centro de Cultura y Tecnología de la Universidad de Toronto. Dicho Centro investiga las
consecuencias psíquicas y sociales de los medios tecnológicos, no en relación a su contenido o función cultural, sino como configuración por sí y en sí mismos.

En los 33 capítulos de este volumen, expone McLuhan aspectos claves de la tecnología de máquinas, y la confrontación de una psicología y de una organización social mecánicas (consecuencia social y psíquica de la industrialización mecanizada) con los medios tecnológicos —instantáneos— de la industria electrónica.

La secuencia fragmentaria y lineal de los medios de aceleración mecánica, la civilización de la rueda movida secuencialmente por la aceleración mecanizada (de un punto 0, pasando gradualmente por velocidades ascendentes al máximo punto posible n, o viceversa) y toda nuestra cultura del siglo XX fundada sobre este principio de la rueda motriz, frente al amanecer de una civilización diferente: la de la velocidad instantánea, global, integrada, no fragmentada en secuencias ordinales de carácter lineal como la del circuito electrónico.

Antes de la velocidad de la electrónica y de la totalidad de campo, el "mensaje" de la tecnología parecía ser el contenido, como cuando se pregunta de qué se trata una pintura o para qué sirve algo, aunque el patrón completo de forma y función no hubiese desaparecido por completo. Algunas escuelas de pintura demostraron a tiempo que el medio es el mensaje mismo (el cubismo, el abstraccionismo, etc.)

Las ideas de estructura y configuración integral de los nuevos medios tecnológicos comienzan a acarrear profundos cambios en la organización de la sociedad y la reorientación de la cultura.

La sensibilización hacia la interrelación de los procesos internos de los computadores exige nuevos tipos de organización mental y nuevos tipos de talento enfocados hacia la mayor complejidad y menor especialización que aquéllos requieren. El maquinismo, con su especialización y eficiencia de fracción de segundo, ha producido adaptaciones mecánicas en varios de nuestros sistemas orgánicos a partir de la invención de la imprenta.

Mecanizaciones o desnaturalizaciones que, como experiencia social, han resultado demasiado violentas para nuestro sistema nervioso.

El sistema nervioso central, la red de circuitos eléctricos que coordina los diversos medios de nuestros sentidos, es el más importante de nuestra fisiología. La función del cuerpo, como grupo de órganos que los sostienen y protegen, es la de servir como amortiguador de las variaciones bruscas o rudas del medio ambiente físico.
o social. Cualquier cosa que amenace su funcionamiento tiene que ser removida, cortada o amputada.

La electrónica, modelo vivo del sistema nervioso central y su prolongación fuera del cuerpo, viene a liberar a este último del colapso de servilismo y pusilanimidad de las tareas fragmentarias y desconectadas propias de la adaptación mecanizada.

Desde que el material entra en la unidad automatizada, hasta que sale el producto terminado, la versatilidad y plasticidad, semejante a la flexibilidad de la mano, comprende infinidad de cambios de programación, mientras el principio mecánico se basa en movimientos cuya dirección produce solamente partes tan especializadas que el sujeto que las fabrica no sabe, no entiende o no le interesa en lo más mínimo conocer dónde o en qué van a ser montadas o incorporadas.

El desempeño de tareas o trabajos desconectados del producto final en partes especializadas desaparece en la electrónica, que requiere otro tipo de patrones de asociación humana, lo bastante estimulantes como para poder sustituir el trabajo mecanizado por funciones de creatividad independiente (a la manera del producto artesanal personal de la pretecnología mecánica), amputando del tejido social el tipo de relación humana fragmentaria, superficial y centralista que ha traído consigo la era del maquinismo.

El contenido de cualquier medio es siempre otro medio. El contenido de la palabra escrita es el discurso; la misma palabra escrita lo es de la palabra impresa y ésta del pensamiento no verbal. El mensaje que el hombre recibe por el medio tecnológico es un cambio de escala, o de velocidad o de patrón que los instrumentos de producción introducen en la sociedad. El ferrocarril produjo un tipo de ciudad totalmente nueva, así como tareas y ocios desconocidos en la era anterior a él, independientemente de lo que transportara, porque el “mensaje está en el medio” y es este medio quien da forma y controla el tipo de asociación y de actividad del ser humano. El contenido o la función de los medios son tan diversos como irrelevantes para conformar la conducta.

No existe principio de causa en la secuencia pura; que una cosa siga a otra nada significa; el hecho de que a algo siga algo no tiene mayor importancia que la del cambio. El medio de la automatización termina con las secuencias haciendo instantáneas las cosas, volviendo a hacerlas naturales. En vez de preguntar —dice McLuhan—, qué fue primero, si el huevo o la gallina, debemos considerar que una gallina es la idea del huevo para que haya más huevos.

Los patrones lingüísticos configuran tanto la transformación
social como los medios de producción. Las culturas de alfabeto fonético, de signos sin significado semántico que corresponden a sonidos sin significado semántico también establecen una tajante división entre un mundo visual y un mundo auditor. Sólo las culturas alfabeticas han dominado secuencias lineales como experiencias convincentes para formas de organización social y psíquica. El encuentro de culturas de letra impresa y de culturas de tradición oral, es decir, lo que llamamos occidentalizar, viene a ser como pedir una oreja a cambio de entregar un ojo.

La cultura de letra impresa visualista, de tarea fragmentaria y especializada que responde al estilo de la máquina, retrotrae al hombre occidental a patrones tribales entremejidos de relaciones de parentesco y de interdependencia. Otras formas culturales de escritura más ricas en percepción, no desnaturalizadas, más globales, como la escritura de ideogramas, no han logrado, sin embargo, transferir al hombre tribal de su mundo mágico de parentela. Pero basta una sola generación de alfabetizados para iniciar el despegue del individuo de la trama tribal.

Este resultado, sin embargo, no tiene nada que ver con el contenido de las palabras del mundo del alfabeto, sino que es resultado del brusco rompimiento entre la experiencia auditiva anterior y la nueva experiencia visual del alfabeto impreso.

La línea de imprenta, con su patrón aditivo de secuencias ha creado un mundo occidental homogeneizado, domesticado. Mientras tanto, las sociedades de tradición oral siguen estando formadas por seres diferenciados no por sus habilidades o marcas, sino por un mundo interno de emocionalidad y sentimiento, cuyo enfrentamiento con el mundo del alfabeto traerá consigo violentas descargas de energía contra la especialización de tareas y la fragmentación de funciones sociales emocionalmente empobrecidas. La cultura hace al hombre, modifica el comportamiento del hombre. La tecnología mecanizada hizo prolongar el cuerpo en el espacio, la electrónica extiende y prolonga el sistema nervioso aboliendo espacio y tiempo. Una liberación no soñada que sobrepasa nuestras capacidades aprendidas en el último millón de años nos aguarda a la vuelta de la esquina, con un planeta convertido en un barrio en lo referente a la transmisión de información, y nosotros mismos nos hemos convertido en factores de información implicados en todos los problemas socioeconómicos del orbe. La transición de las conexiones lineales de secuencia con su mensaje espaciado, racionalizado, fragmentado y especializado dentro de una línea, cede a la captación de configuraciones y estructuras de interrelación orgánica y, por
tanto, vívidas e integrales, que traerán el mundo nuevo de la civilización electrónica.

SILVIA RENDÓN.

DALMIRO SÁENZ. ¡Hip... hip... ufa! (La Habana: Casa de las Américas, 1967.)

“Estamos incomunicados”, dice Juan Adams, el principal protagonista, en las primeras escenas de esta obra, y la conciencia de tal certeza, oscura al principio, se irá haciendo evidente en el esfuerzo cada vez más inútil y angustioso de despejar los enigmas con que nos desafía y traiciona, en el momento menos oportuno, el lenguaje cotidiano. La frase superficial, que por ser repetida y escuchada hasta la saciedad (“...lo que es variado es no variar”, p. 26) es ya sólo un sonido desarticulado e inhumano, cobra su monstruoso significado cuando se empeña a percibir el doble sentido de las intenciones, las sutilezas, las ironías y los sarcasmos de símbolos que parecían estáticos en apariencia, pues no es otro el valor que otorgamos al uso de la palabra. Y es con este descubrimiento que da principio la tragedia de la recuperación, del reencuentro con una realidad ofensiva que se había disimulado, despiadadamente cruel y mediatizadora.

Partiendo del contenido lingüístico, Dalmiro Sáenz descubre el conflicto de una época y de una circunstancia. A través de un lenguaje viciado por la estupidez de una sociedad de consumo, en la que el hombre sólo en apariencia ha superado su irracionalidad prehistórica, acusada en sus actos y gesticulaciones más insignificantes, los protagonistas se enfrentan a la desalentadora evidencia de que la palabra no es vehículo de redención sino de castigo. Es una situación parecida a la que Edmundo Desnoes experimenta en sus Memorias del subdesarrollo, cuando llega a la fría conclusión de que “el hombre es, será siempre un desarraigado”. A solas con su poder, nuevo Dios del cálculo y la sistematización, va planificando, sin sentirlo, su propio desarraigo, su separación de lo humano.

Juan Adams, el “play-boy”, el hombre que ha cosificado todas las relaciones posibles, heredero de la autosuficiencia que prestan el dinero y la condición social de quienes, como sus padres, se han reservado el derecho a disfrutar de la riqueza desenfrenada, advierte a destiempo el grotesco papel de víctima con que lo ha humillado su propia corrupción. Apremiado por el placer sexual,